

me en un lejano rincón del cementerio, olvidado y escarnecido, el pobre y heroico luchador que no pensó en su propia vida, ni en el bienestar de sus hijos, cuando se trató de ese pueblo y de esa Patria, cuyos derechos tan fervorosamente procuró siempre salvar.

Pero ya, como al principio expresé, comienzan los eternos soñadores «a pensar con la cabeza». Ya tendrán en México una casa propia a donde irán cuando sientan que su cuerpo desfallece, que su salud está quebrantada, que necesitan del reposo, que han menester del afecto, de solícitos cuidados para restablecerse.

No puede ser más generosa la iniciativa de quienes fundaron esta Casa de Salud del Periodista. Y por eso la culta sociedad de Tegucigalpa, cuyo sincero altruismo y nobilísimos sentimientos, jamás han sido desmentidos ni puestos en duda, responde de manera tan entusiasta al llamamiento que un grupo de intelectuales centroamericanos le hace.

Señoras, señoritas y señores que tomáis parte en este hermoso festival. Señoras, señoritas y señores que realizáis esta velada con vuestra presencia; estad satisfechos y orgullosos de prestar vuestro valioso contingente para que una idea, luminosa de justicia, se convierta en realidad. Colaboráis en la realización de una obra buena.

Estáis ayudando a que, por un momento al menos, baje el escudero de su trono y, sobre sus blandos cojines, calme su sed y su fatiga el inclito, el valeroso, el gentilhomme y noble caballero de la Tristo Figura.

(Discurso leído en el Teatro Nacional de Tegucigalpa, el 22 de marzo de 1922, durante la velada en pro de la «Casa de Salud del Periodista» fundada en México.)

AMADO NERVO

El gran poeta se encontraba en Nueva York, de paso para la Argentina a fines de 1918. La colonia hispanoamericana que ya pasa de medio millón en dicha metrópoli, manifestó de diferentes modos su aprecio y simpatía por el ilustre místico, siendo especialmente digna de recuerdo la hermosa manifestación que le fué tributada en la noche del lunes 2 de diciembre en el Salón Principal de la Universidad de Columbia, cuya rectoría—en nombre de los estudiantes latinos le había rogado que recitase algunas de sus producciones, y que honrara con su presencia la prestigiada Institución.

Desde una semana antes comenzaron a circular las tarjetas de entrada, y era de ver el entusiasmo que reinaba entre todos los miembros de la colonia por asistir a la brillante fiesta.

Cuando llegué a la Sala Magna pude advertir que una gran multitud se agolpaba a sus puertas y que hacía inconcebibles esfuerzos por entrar, aunque la mayor parte de las veces sin lograrlo: eran todos los que no habían podido conseguir invitación pero que deseaban a todo trance escuchar la voz del celebrado vate. Y se les negaba entrar, no porque no llevasen el boleto sino, sencilla y simplemente, que el local reventaba de concurrencia.

Cuando el poeta, con su simpática y agradable sonrisa apareció en la tribuna, una ovación vehemente y espontánea llenó todos los ámbitos de la sala. Y después, conforme iba recitando—sin amaneramientos, sin artificios, con esa naturalidad que le caía tan bien—sus más recientes producciones, se sucedían los vítores, los bravos y los prolongados aplausos, en contraste con esos intensos silencios dolectivos, con esas suspensiones hasta del movimiento respiratorio que hacen los públicos en los momentos de honda, estética emoción. Pocas veces en mi vida he sentido—digámoslo así—una voluptuosidad artística tan profunda como la que experimenté en esa memorable noche.

Cuando el poeta hubo terminado, una tempestad de gritos, de aplausos y de ¡todavía no!, es muy temprano! (ya eran las doce de la noche) hizo que el ilustre encantador ocupara de nuevo la tribuna para bajar de ella ya cerca de las dos de la mañana.

Después, todos querían abrazarlo, levantarlo en peso, llevarse algo suyo: un autógrafo, un papel que sus manos hubiesen tocado, un cabello, cualquier cosa.

Yo vi a una dama que lloraba, mientras el poeta escribía una palabra en su abanico.

Fué esa la última vez en que pude oír y abrazar al inmortal Amado Nervo, gloria de México, de Hispano América y del Mundo.